

JORGE  
FERNÁNDEZ  
DÍAZ

Una historia  
argentina  
en tiempo real

Apuntes sobre la  
colonización populista y la  
resistencia republicana

JORGE  
FERNÁNDEZ  
DÍAZ

Una historia  
argentina  
en tiempo real

**Apuntes sobre la  
colonización populista y la  
resistencia republicana**

Espejo de la Argentina  Planeta

*Primera parte*

## **UN ASUNTO PERSONAL**

Crónica íntima de un viaje doloroso

# 1

La mujer no me quitaba los ojos de encima. Estábamos en Cosi Mi Piace probando una pizza a la italiana, en un ambiente relajado y con luces suaves. Verónica y yo hablábamos, para variar, de política argentina, de cine clásico y de literatura, y aquella extraña dama se ubicaba a tres mesas de distancia, rodeada de dos cincuentones de buen ver. La mirada era tan penetrante e insistente que me cortaba el hilo de la conversación. Supuse que se trataba de una lectora, y que estaba pendiente de cada gesto e incluso que podía descifrar mis labios sin necesidad de oír mis palabras. Era sábado por la noche en Palermo Soho, y acabábamos de entregar al diario mi artículo dominical: después de tantos años, la tarea de escribir una columna de opinión cada semana me parece tan extenuante como subir el Himalaya, y aunque luego duerma una hora de siesta, es difícil que no arrastre mi cansancio hasta los límites de la cena. Siempre creo que es una tarea ciclópea y que se encuentra muy por encima de mis posibilidades: pensarla me lleva buena parte de la semana; escribirla y pulirla con obsesión de prosista, más de diez horas. Ser un “escritor público”, como se les

decía en el siglo XIX a los ensayistas de la prensa, nunca había figurado entre mis planes: me entrené desde los doce años en la carpintería del cuento y la novela, y desde los diecinueve también en el periodismo narrativo. Fui, es cierto, un lector voraz de la historia política, pero jamás soñé siquiera con transformarme en un articulista de ideas. Articular argumentos a mí me resulta mucho más difícil que narrar hechos y escenas, e infinitamente más complejo y laborioso que entretener análisis con información. Hacerlo cada siete días, y lograr un estilo propio y una cierta originalidad y una determinada elocuencia, es más difícil que jugar ajedrez olímpico. Cuando acabo la tarea, cada sábado, y luego cuando al día siguiente intento leer la pieza con una determinada objetividad, siento invariablemente que fracasé. Y que debería dejarle mi lugar a alguien más dotado. El martes pienso que habrá revancha, y que quizá tenga suerte la próxima vez y consiga algo; es el cobayo en la ruedita vana e interminable del razonamiento político, que en la Argentina siempre resulta circular.

La pizza estaba deliciosa aquella noche en *Così Mi Piace*. Pagamos la cuenta y buscamos la salida. Mientras avanzábamos hacia la puerta, sentía sobre mi espalda los ojos de rayos equis de la mujer que nunca había apartado la vista de nosotros. Al salir a la vereda, paré un taxi y con el rabillo percibí que la desconocida salía corriendo del restaurante y se me acercaba por un costado. Ya tenía la puerta abierta del coche, cuando ella estuvo junto a nosotros: la mirada encendida en la noche, un papel en la mano. Le sonreí con cortesía y agradecimiento: tener lectores es una bendición para cualquiera. Creía sinceramente que me pedía un autógrafo o que me dejaba una carta personal. Se trataba más bien de lo segundo: “Esto es para vos”, dijo con voz afable. Tomé el papel y le agradecí mucho, pero ella se dio vuelta y regresó velozmente al restaurante. Subimos al taxi y al desplegar el mensaje leí

en la penumbra: “Es una pena que te hayamos perdido. Espero que tu sueldo como gorila te permita enriquecerte. Me apena no poder leerte más”.

## 2

Las verdades más hondas y dolorosas nos caminan silenciosamente por dentro durante años, y de pronto pegan un grito y nos despiertan. Obligado a buscar esas raras epifanías me detengo en los epílogos de los fastos del Bicentenario, cuando Néstor y Máximo Kirchner hacen sobremesa en Olivos y el padre pronuncia su frase decisiva: “Les ganamos la batalla cultural”. Casi dos años más tarde, en las celebraciones por los doscientos años de la creación de la bandera, Cristina Kirchner se abanica en el palco, con su extenso luto de viuda, y arenga a sus “soldados” con un grito de guerra: “Vamos por todo. ¡Por todo!”. Se trata de dos jactancias famosas, siempre alrededor del revisionismo histórico, pero que contienen un sentido mucho más amplio: habían logrado desde el poder y la gloria imponer una nueva historia oficial sobre el pasado y sobre el presente, y se disponían a avanzar con el Estado militante sobre todas las cosas. Al leer en un suelto la reflexión de Néstor sentí que algo invisible me electrocutaba, y que de una manera absurda y quizá narcisista yo era convocado a esa misma batalla cultural, pero en la dirección contraria y en tensión con

el nuevo relato que pretendían imponer. Se trataba de un deseo íntimo, irrefrenable y muy poco conveniente: todavía pertenecía al cuerpo profesional del diario *La Nación* y aquel propósito desmesurado parecía más la prerrogativa de un pensador externo que de un simple y equilibrado editor periodístico. Es por eso que en los primeros tiempos debí separar muy cuidadosamente mi labor rutinaria de mis columnas de opinión, como si se trataran en efecto de dos deportes diferentes: la praxis del periodista de datos y el oficio del escritor de ideas. La realidad tuvo un espectacular vuelco con la muerte del líder y con la brusca radicalización de su esposa: al final ese grito modulado en el palco de la ciudad de Rosario me dejó con la boca abierta. Todos recordamos qué estábamos haciendo cuando derribaron las Torres Gemelas o cuando recibimos las primeras noticias del infierno de Cromañón. Con idéntica nitidez me recuerdo a mí mismo en la antigua redacción de la calle Bouchard observando atentamente la pantalla, y viendo más allá. Tardé mucho en decodificar las imágenes que volvían de mi infancia y de mi juventud, pero todas ellas me atravesaban a gran velocidad como si estuviera en una situación límite. Desde el inicio algo muy profundo me unió a la experiencia kirchnerista, y este texto intentará probar hasta qué punto el problema viene de muy lejos y toca efectivamente mi vida entera.

Un compañero de la radio que solía oír mis soliloquios políticos lo tradujo a su propia autobiografía ideológica: “De joven yo era trotskista –me dijo–. Cuando crecí me di cuenta de mi equivocación y al madurar agradecí al cielo que hubiéramos fracasado, porque esas ideas nos conducían a una sociedad tremendamente autoritaria. Lo que te pasa a vos es como si ahora de repente a mí se me apareciera de la nada un presidente electo que ordenara erigir bustos de Trotsky en todas las esquinas y decretara como texto obligatorio *La revolución permanente* en escuelas, institutos y facultades, y como si me tocara el hombro y me dijera:



¿Te acordás, hermano, en lo que creíamos? ¿Recordás que lo dejamos caer porque no era posible? Bueno, nos equivocamos. El sueño está de regreso, vení conmigo”. Mi compañero negaba con la cabeza: “Una verdadera pesadilla”.

### 3

Ese llamado de la selva había tenido éxito entre muchos de mis amigos de siempre. Ex peronistas tradicionales que habían roto el carnet, ex setentistas que se habían mudado a nuevos partidos o al librepensamiento, pero también “independientes” que eran usualmente críticos de Perón e incluso indiferentes a la política en general, y ahora aprendían con prisa y enjundia las estrofas de la marchita para entonarla en las reuniones y en los cumpleaños de Barrio Norte, Flores, Caballito, Belgrano y Palermo Hollywood. Algunos de ellos, con sus identidades ocultas por la prudencia y el cariño, desfilarán por estas páginas confesionales. Pero a fuerza de sinceridad, este asunto no comienza con estas bruscas y cercanas cooptaciones, sino que involucra directamente a mi propia familia y viene del mismo sitio remoto de donde surgieron los abuelos malqueridos de la Pasionaria del Calafate: las lejanas y verdes aldeas de Asturias.

Mis padres emigraron durante la sufrida posguerra civil española, y arribaron a la Argentina del primer peronismo. Mi madre, en 1947, fue a dar a la vieja casa de Emilio Ravignani 2323,

donde residían sus tíos paternos. El tío Marcelino era un español que hacía todo lo posible por parecer un elegante caballero argentino. Había logrado borrar completamente su acento, y le tenía prohibido a su hermano Mino tocar la gaita en el patio; no quería que los vecinos de los alrededores supieran lo que ya sabían: que éramos hijos recientes y plebeyos de la Madre Patria. Mino abría la trampa del sótano, bajaba las escaleras y se encerraba en ese húmedo subsuelo para ejercer de manera inaudible su arte folclórico. Encarnaba en sí mismo toda una metáfora de esa clandestinidad que vivíamos puertas adentro. Para Marcelino ser español era burdo. Ser argentino, en cambio, le parecía distinguido y prestigioso. Entre nosotros, hablábamos un castellano salpicado de bable, que en el colegio León XIII me convirtió en centro de burlas y en blanco de palizas, por lo menos hasta que mi madre me conminó a aprender judo. A mi padre, Marcial Fernández, que era un modesto mozo del bar ABC de Canning y Córdoba, no le iba mejor: muchas veces lo insultaban con el epíteto de “gallego de mierda” y lo obligaban a ejercer el boxeo amateur que había aprendido durante la “mili” a bordo del Crucero Galicia. Y no era un padecimiento exclusivo de los españoles: muchas veces los “autóctonos” se burlaban del “tano” que no hablaba bien el argentino o el porteño y que laboraba sin descanso, construyendo los sábados y domingos su casa con sus propias manos, o cultivando la huerta en cada centímetro de tierra, después de haber trabajado toda la semana en la fábrica o en su oficio.

Fue la última generación caudalosa de la inmigración europea, y cargó soterradamente con una serie de desprecios. Lo cierto es que yo me sentí durante mucho tiempo alguien “distinto”, con una familia y unas costumbres “pobretonas” que no encajaban con la “normalidad” de mis compañeros de escuela, cuyas familias se ubicaban en una escala social superior y pertenecían rotundamente a esa patria enaltecida. El ansia por ser rápidamente

argentinos provocó en muchos inmigrantes una sucesión de operaciones inconscientes. La primera fue admitir como dogma aquella broma según la cual únicamente “descendíamos de los barcos”, una forma fallida de conjurar la carencia de alcurnia. Con esa amputación borraban de un plumazo a familias de vasta y riquísima crónica en el Viejo Continente y se asumían como flotantes huérfanos de apellidos ilustres y de categoría. Luego sucedió con algunos de nosotros lo que ocurre en cualquier latitud de copiosa inmigración: pretendimos integrarnos al “ser nacional” por la simple vía del nacionalismo.

Aquel peronismo tenía, para colmo de males, la astucia de defender estilos literarios que a mí me resultaban sumamente cercanos, como los llamados “géneros menores”: novela policial, melodrama, historieta y tango. Esa ocurrencia de la izquierda peronista, cruzada con la cultura pop, reivindicaba presuntamente el “gusto y la conciencia del pueblo”, constituía una especie de antivanguardia y defendía todo lo que a mí me tenía fascinado, desde el relato de aventuras y el periodismo de sucesos hasta las viejas películas norteamericanas que yo había devorado durante años en *Sábados de Cine de Súper Acción* y en *Hollywood en castellano*. Contraponer toda esa cultura popular al elitismo académico era estimulante, y nos otorgaba una épica secreta. Aunque, obviamente, el quid de la cuestión era más político que literario, y radicaba en la indestructible certeza de que el “proletariado” adscribía mayoritariamente al peronismo.

Levantarme contra mis padres no era tampoco un factor insignificante: yo sentía que ellos eran desagradecidos con Perón. Y había sido criado, como Cristina, en un hogar donde se respiraba un cierto rencor contra quienes “no trabajaban porque no querían”, y bajo el concepto de que “los argentinos eran vagos”. La nieta de Amparo Fernández, aquella abuela oriunda de Vega-deo y muy cercana de Luarca (ciudad en la que nació Marcial),

comenta en la biografía escrita por Sandra Russo que a su padre Eduardo “no le gustaban los negros. No sé por qué. Era esa cultura de algunos hijos de inmigrantes”. Al leer esas líneas de la arquitecta egipcia traté de explicarlo en mis términos: los inmigrantes, cualquiera fuera su idea política, trabajaban de sol a sol, sin francos ni beneficios, sin ninguna ayuda ni protección. Los emigrantes internos que llegaron a las ciudades atraídos por la polémica industrialización peronista obtenían francos, vacaciones pagas, aguinaldos, defensa sindical y muchas veces regalos del Estado. El encontronazo entre esos dos tipos de trabajadores surgidos de la pobreza generó un inmediato resentimiento. La palabra “negro”, que articulaban con bronca algunos españoles, italianos, polacos y turcos, no tenía nada que ver con el desprecio de las aristocracias ni con la lucha de clases ni con una guerra de etnias. Si quienes traía el peronismo hubieran sido chinos, pelirrojos o seres a lunares y a cuadritos, hubiesen recibido apelativos tan horribles como el que usaba el padre de la Presidenta. Y de ese conflicto entre pobres y desharrapados no tuvieron la culpa Perón ni sus enemigos. Solo se trató de una fatalidad de la historia del siglo XX. Muchos inmigrantes se hicieron radicales para frenar al movimiento que daba cobijo a esos competidores “injustamente” beneficiados, y muchos hijos de ellos nos hicimos peronistas en rebeldía juvenil contra nuestros padres. Yo mismo tardé ocho o nueve años en reconciliarme con el mío.

## 4

Mucho tiempo y muchas travesías y lecturas después, ni el peronismo ni sus contrarios –algunos verdaderamente xenófobos– me resultan tan inocentes de esos encontronazos como había escrito entonces. El desdén por el “cabecita negra” es lamentable y cierto, y ha sido muy estudiado; estigmatizar a todo inmigrante europeo como “racista” resulta, sin embargo, un error o un sospechoso acto de mala fe. Se cuida Cristina de referirse a “algunos”, pero el comentario no es inocente y se entronca con los prejuicios del llamado “pensamiento nacional”. Un simple repaso por aquellos autores me convence de que casi todos ellos manifestaban siempre una tácita o expresa aversión por aquellos inmigrantes, sujetos sospechados usualmente de una lógica eurocéntrica y de portar “ideas foráneas”. Con su prosa, los intelectuales del nacionalismo ayudaron a barrer bajo la alfombra la epopeya de aquellos esforzados peregrinos que venían del mar. Esa epopeya aún hoy es considerada como individualista, cercana al “empresorismo” y por lo tanto de carácter “liberal”. La obsesión de la viuda de Néstor por su abuela Amparo, con quien discutía agriamente, se

debe a que la asturiana se ufanaba de haber llegado con una mano atrás y otra adelante, y de haber logrado el progreso sin el auxilio del Estado, algo imperdonable para quienes lo conseguirían todo merced a los tejemanejes de la administración pública, y basarían su dinastía aldeana en el subsidio y en el clientelismo. Ese sistema de ideas, no por casualidad, fue minando paulatinamente la cultura del trabajo en la Argentina.

De todos modos, a los veinte años yo no hacía otra cosa que leer precisamente a esos escritores: a Jauretche, Puiggrós y Hernández Arregui, y por supuesto a Jorge Abelardo Ramos, que me parecía además una pluma exquisita. El Colorado solo rivalizaba con Juan José Sebrelli, que se ubicaba en las antípodas, pero que también me tenía atrapado bajo su hechizo literario. Crecí leyendo a esos dos ensayistas argentinos, aunque a la hora de optar políticamente, lo hice por la izquierda nacional, no como militante activo, pero sí como lector constante y entusiasta. La visión de Ramos sobre el “nacionalismo popular” también convenció a Cristina Kirchner, que lo votó en 1973 para no hacerlo por el justicialismo. Durante los años febriles de la “década ganada” yo soñaba con que la visitaba en la residencia de Olivos y discutía con ella aquellos libros desafiantes, aunque no estaba muy seguro de que ella realmente los hubiera leído. Los debates oníricos eran permanentes, y yo me despertaba envuelto en sudor frío y con horrible inquietud. “¡Ramos detestaba a los Montoneros!”, le gritaba en mis pesadillas, y ella me avasallaba con sus parlamentos sinuosos. Un día de vigilia la vi insinuar en el atril que la sociedad argentina había adherido a la guerra de Malvinas por culpa de los medios de comunicación, y esa noche soñé que golpeaba su mesa y le recordaba que Ramos, al contrario que Sebrelli, respaldaba la contienda por considerarla una justa lucha antiimperialista. Fidel

Castro, García Márquez y la revolución sandinista también creían en esa falacia. Y Cristina no lo negaba, solo me escuchaba con una inverosímil pasividad y con una extraña sonrisa desvaída.

Después de la conscripción, que cumplí bajo el mando del general Bussi en los cuarteles de Palermo, comencé junto con otros estudiantes de periodismo a publicar una revista subterránea, que repartíamos nosotros mismos en los pocos quioscos que la aceptaban y que tenía por finalidad burlar la censura. Corrimos muchos riesgos en aquella época, y cuando Galtieri anunció la toma de Puerto Argentino nos acometió el miedo y la repugnancia. En los días de la capitulación, sin embargo, había cambiado por completo nuestro punto de vista y ya estábamos dispuestos a anotarnos como voluntarios para ocupar una trinchera: nos gasearon en Plaza de Mayo y más tarde militamos contra la “desmalvinización” alfonsinista. Seguíamos también en eso a Ramos, cuando pensaba que había sido una guerra anticolonial conducida por hombres siniestros; a veces, las revoluciones también las hacen los canallas. Fuimos unos imbéciles: acusamos a Raúl Alfonsín, que juzgaría a los criminales de lesa humanidad, de encarnar en esa circunstancia histórica a “la derecha”, y con los comunistas votamos por Ítalo Luder, que traía bajo el brazo una amnistía, porque ese abogado insulso conduciría hacia la aurora al movimiento nacional y popular. Yo no podía levantarme de la cama de la depresión al descubrir que el peronismo se había quedado sin pueblo, y había sido derrotado por primera vez en las urnas. Pensé incluso que se trataba de un fraude electoral, organizado sibilínamente por los “poderes concentrados”. En esos primeros años pasé a un estado de resistencia, acompañé cualquier manifestación opositora, me sumé a las salvajes huelgas que la CGT le plantaba al nuevo gobierno constitucional y formé parte de aquella marcha que hicimos un 2 de abril hacia la Torre de los Ingleses. Caminábamos todos juntos –codo a codo y gritando



consignas violentas— ex combatientes, ex montoneros, “pesados” de las 62 Organizaciones y figurantes de las diversas tribus de una izquierda poco democrática. Alguien había atado con una gruesa sogá la estatua de George Canning, y yo me puse en la fila para tirar de ella. La estatua se vino abajo con gran estrépito, y dicen que alguien extrajo de entre las ropas una pequeña sierra y le cortó las manos. “Ese es el castigo para los piratas ladrones del imperialismo inglés”, susurró. Cuenta la leyenda militante que la estatua fue arrojada esa misma noche a las aguas del Río de la Plata.

## 5

Alejado hacía rato de los incendios y las ingratitudes de aquella presidencia fundacional, Alfonsín vino a saludarme, lleno de emoción, al camarín de Canal 13 donde me estaban maquillando para salir al aire. Este “gallego calentón” había leído la historia de mi madre asturiana, y se había sentido conmovido e identificado con su peripecia. Aproveché para pedirle perdón por aquellas lejanas iniquidades de los años 80 y por haber jugado –sin riesgos ni consecuencias personales– a esa “resistencia peronista” de cartón piedra durante los años de su difícil gobierno. Fue una conversación entrañable que terminó en el pasillo, cara a cara, pero él no conoció hasta muchos años más tarde –hasta que le pedí disculpas públicamente– los vergonzosos detalles de aquel boicot destituyente e infantil que llevábamos a cabo en los albores de su gestión. Toda aquella agresividad callejera y dialéctica contra el alfonsinismo, que se jugaba el pellejo de la transición intentando lidiar con la herencia maldita mientras juzgaba a los todavía peligrosísimos jefes del régimen militar, se originaba en la convicción de que la democracia era una formalidad burguesa

y de que solo una revolución nacional podía conducir a la dicha del pueblo. Que por supuesto era el noble pueblo peronista. Ese proyecto temerario constituía un juego por etapas, y si hubiera prendido nos habría llevado al autoritarismo y quizá hacia un nuevo baño de sangre. Estaba inspirado, desde luego, en las diferentes teorías del setentismo. Sus sobrevivientes habían sido relegitimados por la masacre y el exilio, y se nos presentaban ahora como brillantes y heroicos, e intentaban manipular las razones de sus desatinos y de su derrota, y tutelar desde el principio a nuestra generación. Su intenso patrullaje ideológico y conquistador fue muy efectivo entre los ochentistas, que los considerábamos hermanos mayores, campeones del idealismo y paladines inalcanzables. Su persistencia y su supuesta superioridad moral, que atravesó toda la democracia moderna y que continúa en nuestros días, comenzó a molestarme de manera temprana. Me horrorizaban la cacería, la tortura, la depravación y el asesinato que habían sufrido en carne propia, y no creía en la “teoría de los dos demonios”, pero a la vez tenía presentes sus aberraciones, sus soberbias, su estalinismo de facción, su delirio militarista y su imprudencia política y civil. Pretendí escribir la historia de Dardo Cabo, como si fuera una especie de Papillon vernáculo, desde el Operativo Cóndor –desvía a punta de pistola un avión de línea y lo obliga a aterrizar en Malvinas– hasta sus múltiples andanzas montoneras; visité incluso al Canca Gullo, que había sido su gran amigo, y estuve tomando notas durante años, pero me sentí al final imposibilitado de confeccionar esa novela. Que habría glorificado su aventurerismo y aportado un ladrillo más en aquel panteón infinito de próceres falsarios. Una vez vi cómo Cristina le rendía frívolo homenaje en una cadena nacional; el Canca estaba a su lado, compungido. Los ex montoneros tenían un lugar en la Casa Rosada, se los indemnizaba y aplaudía, y los más jóvenes les pedían consejos. Un restaurante de mi barrio, dedicado a ellos y a

la iconografía peronista aunque en plan *fashion*, conseguía un lleno completo casi todas las noches: allí servían la “ensalada Rucci”, a quien un comando montonero acribilló de 23 balazos, y la “Tabla de fiambres Pedro Eugenio”, el militar que fue secuestrado por un grupo operativo de la “juventud maravillosa”, sometido a “juicio popular” en un sótano de Timote y ejecutado de un tiro por Fernando Abal Medina.

Pero ya en la primavera alfonsinista yo sentía revoltijos frente al setentismo, y además me iba alejando paulatinamente de los libros de Ramos y acercando a los que mascullaba Sebrelí. Era redactor de la sección Policiales del diario *La Razón*, trataba todo el día con cadáveres, taqueros y delincuentes, y estudiaba, por supuesto, a los garantistas clásicos: Elías Neuman y Eugenio Zaffaroni. Los admiraba sin reparos, porque implicaban una crítica general a la desigualdad capitalista, y porque me parecía entonces que el mundo de los malvivientes estaba lleno de códigos interesantes y personajes novelescos. Caía de esa manera en el mismo error atolondrado de Borges, que para exaltar el coraje había terminado consagrando a los cuchilleros de las orillas. Visitando regularmente las cárceles, comprendí lentamente que no existe mayor fascismo que aquel que impera dentro de esas sociedades sórdidas y darwinianas, y que las principales víctimas de los violentos no son las clases acomodadas, sino las más vulnerables, los pobres de toda protección. Ese semiabolicionismo progre era, en consecuencia, paradójicamente reaccionario.

Aun así celebré la inclusión de Zaffaroni en la Corte Suprema de Justicia, que el kirchnerismo armó con rarísima pulcritud republicana (luego se arrepentiría), y desoí las atendibles razones que planteó Rodolfo Terragno, al negarse en solitario a esa designación: Zaffaroni había sido nombrado juez por Videla, había jurado por el Estatuto del Proceso y había escrito un libro sobre derecho penal militar en tiempos infaustos. En el transcurso de

las siguientes décadas, el jurista no dejaría de cometer exabruptos y sobreactuaciones para limpiar esos pecados originales. Después se descubrió que tenía seis departamentos y que su administrador los alquilaba para la prostitución. En cualquier nación más o menos desarrollada, un error semejante cometido por un miembro del máximo tribunal de justicia habría sido absolutamente descalificante: se lo habría removido y la calle lo habría repudiado sin medias tintas. Aquí el aparato kirchnerista lo defendió con uñas y dientes, acusó a la prensa por haber revelado la verdad y el cortesano tuvo incluso un insólito e improvisado acto social de desagravio. Fue en el Teatro Cervantes. Mederos se doblaba sobre su maravilloso bandoneón y Gelman hacía retumbar sus conmovedores versos finales. Los espectadores los despedían con una ovación: en la platea había periodistas, artistas, intelectuales y políticos. En un palco bajo, ubicado casi frente al escenario, Zaffaroni batía palmas cuando las luces se encendieron, un minuto antes de que el poeta y los músicos hicieran mutis por el foro. Una parte del público giró entonces su vista hacia el palco y comenzó a aplaudir al prohombre de la Corte. Después de los besos improvisaron un besamanos en el corredor lateral: lo saludaban, le pedían que aguantara, lo felicitaban con ardor. ¿Cómo era posible que un grupo de la sociedad aplaudiera a su señoría justo en la semana en que su señoría había protagonizado semejante escándalo? Ciertos argentinos aplauden a los ídolos por los errores y no por sus virtudes. Como aquella vez que Monzón fue a declarar, después de haber arrojado a su mujer desde el balcón de su casa, y el público le gritaba: “¡Dale campeón, dale campeón!”. Zaffaroni mereció quizá aquel aplauso premiado en cualquier otra velada, menos en aquella. Un *modus operandi* nuevo y oscuro se cernía sobre la política argentina; comenzaba una época donde la realidad importaba menos que su versión maquillada, los resbalones del adversario eran siempre caídas mortales y los errores

propios no se veían; las opiniones adversas respondían a conspiraciones oligárquicas o corporativas, y los “deslices éticos” de los compañeros del palo se metabolizaban como daños colaterales o como puros inventos. Al enemigo ni justicia. Al amigo, cariñosa y eterna impunidad.

## 6

La última vez que vi a Oscar Parrilli él era un entusiasta menemista. Si no me falla la memoria, fue durante una recepción en la Gobernación de Neuquén, y el futuro jefe de los espías de Cristina Kirchner me preguntó irónicamente: “¿A qué te vas a dedicar cuando ganemos la provincia? Porque el periodismo vas a tener que dejarlo”. Yo era un insolente, y creo haberle respondido: “No te preocupes, Oscar, porque ustedes no van a ganar nunca la provincia”. Esa profecía al menos se cumplió con exactitud. La anécdota no pretende sancionarlo a él y ensalzarme a mí: con toda la razón del mundo, el entonces jefe del peronismo neuquino se defendía del hostigamiento que el diario oficialista le infligía, y yo era el jefe de esa redacción. A Neuquén no llegué por vocación política ni por ánimo turístico, sino por una dramática oportunidad profesional: en 1986 la estanflación liquidaba diarios en serie y estaba a punto de cargarse a *La Razón* vespertina. Me ofrecieron mudarme de urgencia a la Patagonia y hacer un periódico abierto que a la postre terminó cerrado al pluralismo: su propietaria era esencialmente la familia Sapag, y más pronto

de lo esperado, su casi exclusiva fuente de financiamiento acabó siendo la publicidad oficial. La desesperación por mantener abierto el único medio que me permitía practicar mi oficio gráfico en esa ciudad patagónica, hizo que yo me alineara y cometiera gazapos e injusticias periodísticas. El experimento no me hizo feliz (engordé treinta kilos, fumaba dos paquetes de cigarrillos por día) y solo estoy orgulloso de haber sobrevivido, de haber aprendido a fondo los rudimentos del periodismo y de haber tenido el valor suficiente para regresar a Buenos Aires después de cinco años de lucha. Pero me sirvió para conocer en profundidad gentes diversas y magníficas y, principalmente, los mecanismos internos de un feudo, la cultura que genera el Estado cuando todo depende directa o indirectamente de su caja y sus arbitrios, el poder inconmensurable del caudillo idolatrado y los efectos venenosos del partido único.

Ese laboratorio humano y político me permitió luego entender cabalmente las argucias de los Kirchner en Santa Cruz. Que por cierto a esa altura eran, como Parrilli, más menemistas que Menem. Hasta Jorge Abelardo Ramos lo era, tal vez bajo la idea de que el pueblo peronista no podía equivocarse, y que si había virado hacia el neoliberalismo y el Consenso de Washington se debía a que esa era la alternativa más provechosa que ofrecía la nueva coyuntura internacional: Menem solo cabalgaba el taimado tigre de la historia, y había que acompañarlo. No lo acompañé, pero Ramos sí lo hizo: aceptó incluso ser su embajador en México. Tal vez creía ver en su nuevo jefe político a Julio Argentino Roca. En todo caso, no estaba solo: muchos montoneros apostaron por el riojano, y el 90% de la dirigencia justicialista, incluyendo el ala más “progresista”, se le cuadró de inmediato.

Resuelto a empezar de nuevo, desencantado de toda ideología y autocrítico de mis cuantiosos errores de juventud, cumplí por fin 31 años, dejé el cigarrillo, bajé de peso, y dirigí a partir



de entonces secciones, diarios y revistas con la intención de incomodar a los poderosos y abrazarme al manual de ética y de estilo. Criticar e investigar a Menem nos hermanó a muchos de quienes más tarde serían los principales periodistas militantes del kirchnerismo. Entendíamos entonces que todos actuábamos inspirados por la célebre doctrina de *The Washington Post*, que para incordiar no discriminaba partido gobernante, pero para nuestra sorpresa la investigación de la corrupción resultó selectiva, y comandada por ciertos setentistas que secretamente relativizaban la transparencia, aunque en ese momento utilizaron las denuncias como mera arma arrojada contra su enemigo neoliberal. Cuando Néstor llegó a la Casa Rosada, todo cambió: aquellos investigadores enfundaron sus armas o se alimentaron de los servicios de Inteligencia para demoler disidentes. La corrupción que se le buscaba con minuciosidad a Menem, se le perdonaba groseramente a Kirchner. El periodismo era maravilloso cuando escudriñaba los negocios de uno, y era el amanuense despreciable de la oligarquía cuando indagaba al otro.

En el transcurso del menemato se comprobó que el “peronismo republicano” (Cafiero primero, Bordón después) no tenía la menor chance, y los Kirchner apostaron por la reelección de Menem en 1995, a pesar de que este ya había desplegado su catarsis de nocivas privatizaciones y dictado el indulto más repudiable. Los pingüinos rompieron con su jefe político únicamente cuando lo vieron declinar, y fue para asociarse con Domingo Felipe Cavallo.

La llegada de la Alianza me encontró en la dirección de la revista *Noticias*. “Basta de siesta”, la tapa que pretendía sacudir la conciencia del equipo económico de Fernando de la Rúa mientras la recesión nos estaba comiendo vivos, lo mostraba al Presidente en pijama y durmiendo. Fue una imagen icónica y el primero de una serie de sacudones. A los pocos meses, el flamante jefe de

Gabinete, Christian Colombo, me dijo que De la Rúa no entendía por qué éramos tan duros con su gestión. Lo invité a la redacción de la calle Chacabuco y lo hice participar en una reunión de sumario y en otra de portada, para que Colombo comprobara *in situ* que no había nada oculto ni personal. Estábamos en vísperas de 2001, una catástrofe de niveles desconocidos, y no existía en la opinión pública la conciencia de que ningún gobierno no peronista había conseguido terminar su mandato en tiempo y forma después de 1928. Ese dato fundamental, ayer olvidado y hoy tan presente, desnudaba como ningún otro que en democracia el peronismo monologaba, que al gobernar lo hacía sin respetar límites y que en la oposición, avivaba invariablemente el fuego de la crisis. También, todo sea dicho, que la inoperancia de sus contrincantes propendía a cumplirle los sueños hegemónicos. El crac que se avecinaba le hizo pronunciar alguna vez a Beatriz Sarlo algo que todos presentían: “Solo el peronismo puede gobernar”. Yo había intercambiado opiniones con intelectuales de Europa y de la Argentina; había leído nuevos libros de historia y sociología, había formado parte de debates y tenía para entonces una visión muy diferente de aquella mirada delirante e irreductible de los veinte años. Me había repuesto de una larga enfermedad; el nacionalismo también se cura viajando. Cuando De la Rúa cayó en desgracia, salimos a defenderlo de sus propias torpezas y de las maniobras del justicialismo bonaerense, pero ya era tarde: el helicóptero levantó vuelo y estalló todo. Otro asesor de su mesa chica, cuatro semanas antes de esa congoja del final, había susurrado en mi oído: “El Presidente sabe que ustedes no han tenido mala intención. De Tinelli no puede decir lo mismo”. No estábamos, por supuesto, del todo de acuerdo: De la Rúa se había ridiculizado a sí mismo mejor que nadie ante millones de televidentes. Pero es cierto que las múltiples caricaturas de un mandatario desmemoriado, soñoliento o estúpido calaron profundamente en

aquel inconsciente colectivo, que todavía era muy vulnerable a los efectos estigmatizadores de la televisión abierta. Tinelli tuvo alguna vez el inmenso poder de levantar y hundir candidatos, y de construir sentido. Es por todo eso que en cuanto Cambiemos comenzó a pagar la gravosa fiesta kirchnerista, sentí que debíamos enmendarnos y ser más responsables que nunca. Tinelli amagó entonces con utilizar su programa para erosionar de entrada la imagen de Mauricio Macri, y yo lo fustigué con dureza por la radio. Le recordé públicamente que había sido auspiciante de la candidatura de Scioli, y critiqué que hiciera uso de “su programa para vapulear a una nueva administración que solo lleva seis meses, cuando pasó una década haciéndose el gil con dos presidentes que perseguían y provocaban todo tipo de latrocinios y desastres”. La bronca fue tan fuerte que todos los medios de comunicación la amplificaron, y Marcelo me llamó para averiguar qué pasaba y para recordarme que él era amigo de Macri: “Yo no soy su amigo, ni me importa –le respondí con honestidad–. Solo recordemos la impiedad que tuvimos con De la Rúa. Vos y yo, Marcelo. Vos y yo. Algo tenemos que haber aprendido”.

## 7

Tras diez años de populismo y doce de rehabilitación, donde me hundí en la enfermedad de no creer en nada y luego me fui rescatando de “esa segunda inocencia” (como la llamaba Machado) derivé de manera natural hasta esta suerte de modesto liberalismo de izquierda. Este sitio inespecífico e improbable donde se siente cómodo Sebrelí, después de tantas mutaciones de la vida, y al que Sarlo, a su manera, define como “una socialdemocracia sin partido”, un refugio de “almas en pena”. Cuando entré en el diario *La Nación* convencí a su subdirector de inaugurar una larga serie de conversaciones con los principales intelectuales argentinos: Sebrelí fue el primero, y luego Sarlo se convirtió además en nuestra articulista estrella. Fui el editor de ella en aquellos años de kirchnerismo caliente, cultivé su amistad y compartí sus miedos y dudas, y formé de hecho una tertulia abierta e informal con el resto. Néstor acababa de arribar a la Casa Rosada, y había iniciado su gestión con una espectacular y falsa denuncia de chantaje contra el periódico: lo acusaba de haber pretendido imponerle el pliego de condiciones del *establishment*, lo que

era una soberana tontería, creída religiosamente por sus acólitos. Mis jefes me pidieron, en ese contexto de suspicacias, que los acompañara a un delicado almuerzo con uno de los hombres del nuevo entorno presidencial. Un muchacho que yo había conocido, por azar, en las épocas de las revistas subterráneas y con el que me había cruzado en diferentes circunstancias de la política y la prensa. El matrimonio Kirchner lo había tomado bajo su ala y era ahora un miembro influyente del *petit* comité. Nos saludamos con un largo abrazo y un beso en la mejilla, ante la mirada sorprendida de todos. Cuando llegamos a los postres, el funcionario ya estaba contando las diabluras que había protagonizado durante los años 70 en “la gloriosa JP”. No pude evitar entonces sonreír y recordarle: “¡Pero si vos eras troSCO y odiabas a los montos!”. Dejó los cubiertos sobre el plato y levantó la vista. “Estás confundido, Jorge –replicó fríamente–. Siempre estuve con la Tendencia. Siempre”. Su mirada se había endurecido y percibí, tragando saliva, que debía mantenerme callado. Luego me encontré con dos ex camaradas suyos del antiguo Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y me relataron una escena similar. Estaban escandalizados: se había inventando un pasado para pertenecer al círculo áulico de los Kirchner. Un ilusorio ayer, como decía Borges. Y se había creído su propia mentira.

Por esos meses comí también con un ex comandante de la organización Montoneros: fue un almuerzo un tanto surrealista, puesto que ocurrió en una suite del más famoso hotel de la zona de Retiro. Los montoneros cantaban, en los 70: “¡Qué lindo, qué lindo que va ser el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel!”. Pero ahí estábamos, en una habitación del Sheraton, degustando platos de autor y libando vinos de alta gama. El ex dirigente se había convertido en un próspero empresario y me citaba para contarme sus

múltiples negocios. Cuando Mario Eduardo Firmenich salió de prisión, el hombre que comía frente a mí y me servía la copa le había dicho: “Pepe, se acabó. Ahora, cada uno por su cuenta”. El comandante Pepe siguió un tiempo vinculado a la política, pero mi interlocutor se había desprendido del guerrillerismo y se había abocado con tesón y éxito evidente al mundo de las empresas. Curiosamente, este personaje se sentía más proclive a reconocer errores que muchos pensadores setentistas: les había pedido perdón a varios de sus antiguos contrincantes políticos, a quienes Montoneros había intentado despachar a golpes de granada y metralleta, y tenía mucho pudor en andar levantando el dedo como si pudiera ser fiscal de la República después de haber cometido tantas locuras: haber pensado que Perón era socialista, haber pasado a la clandestinidad bajo un gobierno democrático, haber asesinado a oponentes y a compañeros, y otras aberraciones de la época. “¿Y qué piensa de los Kirchner?”, le pregunté. El ex montonero se limpió la comisura de los labios y dijo, educadamente: “Durante la revolución sandinista, el pueblo tomó Managua y los sectores derechistas debieron abandonar en las calles el armamento que tenían y echar a correr. Cuando la batalla había terminado, los estudiantes, que se decían milicianos, salieron de sus casitas y de las facultades, tomaron posición en los nidos de los armamentos abandonados y estuvieron toda una noche disparando contra la oscuridad y contra la nada porque ya no había nadie. Después pidieron medallas. Eran jacobinos con los enemigos, y afirmaban que ellos eran los que habían hecho posible la revolución”. Lo miré, expectante. El veterano bebió otro sorbo de malbec y me dijo: “Los kirchneristas son los milicianos de Managua”.

La invención de un ilusorio ayer, la brusca vocación setentista y la repentina adopción de las palabras y los símbolos de la

izquierda por parte de un peronista clásico y feudal eran rasgos de un gran montaje. Uno de sus ministros más honestos, también viejo conocido de las redacciones, me confirmó el punto: él y Néstor cenaban, durante años, en un restaurante del centro y se quedaban conversando hasta la madrugada. Hacían un análisis detallado de la marcha del país y soñaban juntos con lo que sucedería si llegaran al poder. Durante el menemismo tardío y la alianza reluciente, Kirchner se reunía así con uno de sus principales aliados nacionales y hablaba a borbotones de las políticas fundamentales que habría de poner en marcha, sin saber que la ilusión algún día se volvería realidad. “Te juro, Jorge, que tocamos con Néstor todos los temas nacionales, hasta los más ínfimos —me contó en secreto—. Y nunca, jamás de los jamases, mencionó la política de derechos humanos ni los juicios a los represores de la dictadura militar”.

Inmediatamente después de asumir la Presidencia, Kirchner sorprendió a su amigo al colocar esa problemática al tope de su agenda. Como el esposo de Cristina le confesó alguna vez a un colaborador, “la izquierda da fueros”. Es que en aquella Argentina, el llamado progresismo lideraba todavía a la opinión pública. El progresismo nunca fue un partido, sino más bien un movimiento invertebrado de gran predicamento que se reserva para sí la autoridad moral de velar por los desposeídos en un mundo dominado por un mercado “inhumano”. Se trata de un colectivo irregular que integran restos del marxismo, socialdemócratas, ex alfonsinistas, nacionalistas de izquierda y artistas sensibles. La progresía venía dominando históricamente el gremio de la prensa escrita, los cenáculos intelectuales y la enorme grey urbana de la queja, que representaba las “buenas conciencias”. Durante largo tiempo, los llamados “opinators” (opinadores a mansalva) sostenían posiciones “progresistas”. Menem unió a toda esta gran familia en su contra: los setentistas, que por historia tenían más

experiencia de lucha, condujeron el colectivo contra el riojano y lo hostigaron sin miramientos; hijo de esa posición unificada resultaba el *boom* del periodismo de denuncia de los años noventa. “Contra Menem estábamos mejor”, se quejaban los progresistas cuando se dividieron aguas, en época de “Chacho” Álvarez y De la Rúa: ya no era tan seguro dónde estaba el bien y dónde estaba el mal. Kirchner y su esposa tenían una pálida y remota militancia de izquierda en los setenta. Pero hicieron fortuna durante la dictadura, acompañaron el proyecto de Menem y, al final, se transformaron en los primeros duhaldistas. Eran tan peronistas que nadie podía confundirlos, en una noche de luna llena, con ningún progre, por peor vista que tuviera. Raquítrico de votos, en un país que le quedaba grande, Kirchner se propuso entonces cautivar al colectivo progresista e incluso sentarse a su volante. Lo logró con muy poco: ofensiva contra los dinosaurios del Proceso, entrega a los setentistas de la política de Defensa, subsidios para las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, empleos públicos directos o indirectos para periodistas e intelectuales adictos y complacientes, y jubileo para artistas populares del palo. Fue una estrategia sumamente astuta y provechosa. El hostigamiento a los represores colocó al kirchnerismo como campeón de los derechos humanos y sepultó bajo ese asfalto de bronce una tonelada de negocios oscuros. El tan argentino “roban, pero hacen” fue sustituido imaginariamente por el flamante “roban, pero enjuician”. A quienes nos sentíamos liberales de izquierda, y fundamentalmente republicanos, nos parecía una obligación denunciar toda esa impostura. Que Alberto Fernández, desde la Jefatura de Gabinete, empujaba con la estrategia de la “transversalidad”. Su gambito ideológico, que luego voló por los aires y lo obligó a regresar con la fe de los conversos al más ruin pejetismo, consistía en suplantarse al percutido partido de Perón por una hipotética reunificación de la diáspora progresista. Néstor no sabía entonces que



Alberto le daría un portazo, Cristina no imaginaba que lo odiaría con toda su alma y que al final terminaría encumbrándolo como candidato a Presidente de la Nación, y yo no sospechaba por entonces que mantendría con aquel tercer fundador del kirchnerismo un debate semanal, íntimo y reservado sobre los desastres de la cultura peronista y los peligros del nacionalismo psicopático.